

Año I (2.^a época)

Número 1

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud española



S U M A R I O

Al reaparecer, Editorial.—*A los estudiantes españoles*, Alfredo L. Palacios.—*Los problemas de la enseñanza primaria*, Editorial.—*Orientaciones*, Editorial.—*La Libertad*, Alvaro de Albornoz.—*Edwin Elmore*, Editorial.—*El tranvía (versos)*, Francisco Vighi.—*Tirano Banderas*, D. Ramón del Valle-Inclán.—*Soliloquios*, Dionisio la Cruz.—*Una frase de Unamuno*, José Antonio Balbontín.—*Una falsa representación de los estudiantes mexicanos en España*.—*La enseñanza del Derecho*, Ángel Ossorio y Gallardo.—*De un interesante expediente*.—*Revisita de libros*, Esteban Salazar y Chapela

*

Precio: 30 cts. - MADRID - 6 diciembre 1925

EDITORIAL CARO RAGGIO



Mendizábal, 34

MADRID

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

	Pesetas.
Pío Baroja: Los torbellinos del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

COLABORADORES DE "EL ESTUDIANTE"

Alas, Leopoldo.—Alberti, Rafael.—Albornoz, Alvaro.—Alcántara, Francisco.—Andrade, Juan.—Alomar, Gabriel.—Araquistain, Luis.—Alvarez del Vayo, Julio.—Azaña, Manuel.—Balbontín, José Antonio.—Bagaría, Luis.—Baroja, Pío.—Barradas, Rafael.—Bartolozzi, Salvador.—Bello, Luis.—Besteiro, Julián.—Bilbao, Luis G.—Blanco-Fombona, Rufino.—Buylla, Adolfo.—Calandre, Luis.—Cansinos Assens, Rafael.—Camba, Julio.—Casares Gil, José.—Castrovido, Roberto.—Castro, Américo.—Cosío, Manuel B.—Corpus Barga.—Díez Canedo, Enrique.—Donoso, Armando.—Domínguez, Marcelino.—D'Ors, Eugenio.—Espina, Antonio.—Falcón, César.—Felipe, Fernando.—Fernández Almagro, Melchor.—García Lorca, Federico.—García Morente, Manuel.—Gómez de Baquero, Eduardo.—Gómez de la Serna, Ramón.—González, Julio V.—González Martínez, Enrique.—Hernando, Teófilo.—Jiménez, Juan Ramón.—Lafora, Gonzalo R.—Lorenzo, Félix.—Machado, Antonio.—Machado, Manuel.—Marañón, Gregorio.—Mella, Julio A.—Menéndez Pidal, Ramón.—Mesa, Enrique de.—Mistral, Gabriela.—Montes, Eugenio.—Moles, Enrique.—Moreno Villa, J.—Negrín, Juan.—Ortega y Gasset, José.—Ossorio y Gallardo, Angel.—Palacios, Alfredo L.—Pérez Bances, José.—Pérez de Ayala, Ramón.—Pi Suñer, Augusto.—Pittaluga, Gustavo.—Planelles, Juan.—Reyes, Alfonso.—Ríos, Fernando de los.—Rivas Cherif, Cipriano.—Roces, Wenceslao.—Sáenz, Mario.—Sánchez Ocaña, Vicente.—Salazar, Adolfo.—Salazar y Chapela, José.—Storni, Alfonsina.—Tapia, Luis.—Turró, Ramón.—Unamuno, Miguel.—Vasconcelos, José.—Valle-Inclán, Ramón.—Vidal, Fabián.—Vighi, Francisco.—Zulueta, Luis, etc.



EL ESTUDIANTE

SEMANARIO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID * NÚMERO 1

Director: Rafael Giménez Siles

6 DICIEMBRE 1925

REDACCIÓN

Y ADMINIS-

TRACIÓN:

ZORRILLA, 4

A L R E A P A R E C E R



Después de un silencio de tres meses, aparece nuevamente EL ESTUDIANTE, ahora en Madrid. Viene de Salamanca. En ésta comenzó a esparcir nuestra Revista esperanzas y entusiasmos, y como quiera que para la propia vida de este semanario precisábamos buscarle lugar adecuado, emplazamiento conforme a la intención de sus voces, decidimos asentarlo en Madrid, donde aquellos nuestros más fervientes deseos pudieran irradiar, con favorable viento, a todos los lugares de España y América. Se trata, pues, del mismo semanario de antes, robustecido ahora por una labor tenaz, enérgica y apasionada. La misma voz, pero más recia, segura con el aplauso que le prestaran las propias juventudes americanas y españolas.

Si hubiéramos de definir la intención de este semanario, en atención a sus más hondas ambiciones, concluiríamos por afirmar, en último término, que EL ESTUDIANTE vuelve a la publicidad con el deseo explícito de *crear necesidades*. Siempre hemos observado cómo las tres cuartas partes del espíritu de cada español, como filtradas, se pierden sin remedio. No caben en el español otras preocupaciones que las que no vengán a favorecer su medro terrícola. Aparte las necesidades comunes, así al sabio como al labriego, el español parece ajeno a otras inquietudes que debieran serle tan torturantes, por lo menos, como las que le obligan al propio medro personal. Diríase que el español es, en el fondo, un hombre sin necesidades, espíritu de vida estrecha, corta, limitadísima, que arroja una mirada indiferente sobre todo aquello que no cae, con favorable celeridad, sobre el plano de sus crasas conveniencias sensoriales. España, país del Quijote, es el país más sanchopancesco del mundo, precisamente, y el español naufraga allí donde comienza la pura vida espiritual. Estamos por asegurar que, en la mayoría de los casos, naufraga mucho antes. Cuando se trata de un ideal social, por ejemplo, es seguro que un hombre corriente no ha de ver en aquél, sola y exclusivamente, una pura ilusión, es decir, un conjunto poético, una bella exaltación de justicia —abstracción ésta que no saldría del plano puramente espiritual—; no, cuando el hombre corriente se coloca frente a un ideal social, observa y sopesa, primeramente, las conveniencias de aquella norma, su utilidad. Sobre ésta se eleva, acaso, a la exaltación frenética, que le empuja, a la postre, al acto arriesgado y temerario. Hay, pues, de una parte, deseo de mejorar, de pasar a mejor situación, y de otra, como consecuencia de aquel deseo, exaltación, espiritualidad, anhelo que llega a perder de vista, a veces, la propia fuente de conveniencia de que nace. Pues bien: tratándose del español, no es que éste haga alto a la sola proximidad de aquella exaltación, es que no llega siquiera a observar y sopesar los materiales intereses de una norma, y ello porque no le interesa, y no le interesa, en úl-

timo término, porque no siente necesidad de otra clase de vida.

Esta ceguera y sordera del español para aquellas cuestiones que debieran tenerle alerta, se nos ofrece mucho más lamentable cuando venimos o observarlas, con frecuencia desdichadísima, en nuestros propios compañeros, los estudiantes. El estudiante mira a su Universidad, por ejemplo, de la misma manera que miró cuando niño, hace años, al Instituto; es decir, con indiferencia e ignorancia pueriles. Pasa por las aulas con un infantil y desapoderado deseo de "aprobar". Vive, en realidad, el estudiante, ajeno a la Universidad, al maestro y al libro. Ciertamente, el maestro y el libro son en España —salvo admirables excepciones— como para vivir ajeno a ellos; pero es cierto también que si el estudiante no fuera tan infantil como es, y se allegara a la Universidad con otras intenciones, acaso hubieran comenzado a cambiar las cosas —al menos, en el terreno que más de cerca le interesa al estudiante: en el de la enseñanza universitaria. Aquel espíritu indiferente, visible en la mayoría de nuestros compañeros, muéstrase idéntico ante todo lo demás que rodea al estudiante, pequeño o magnífico. Se trata de una como nativa inconsciencia que viene a eludir, por propia quietud, todo cuanto puede contribuir a hacer rica la vida, hermosa y noble. El español apenas a lo primero que a mano viene, y asido a ello como a una tabla de salvación, cierra los ojos con instintivo egoísmo, para no ocuparse de nada más.

Y, sin embargo, en este campo lamentable se alzan dispersas, a derecha e izquierda, algunas voluntades excepcionales. No es todo indiferencia. Existe hoy día en España, en algunos, un poderoso deseo de vivir. Llegamos a adivinar en nuestro país una nueva dirección, divergente, en todo, de la consuetudinaria. Adivinamos salud y agilidad desconocidas hasta ahora. Presentimos un orto magnífico en este horizonte que nos circuye. Y EL ESTUDIANTE, lector, aspira a ser algo más que la anunciación de ese orto. EL ESTUDIANTE recoge aquellas voluntades excepcionales dispersas, de que hablábamos, y dándoles semanalmente fluencia y continuidad, ofrecerá al público ideas y sentimientos que no deben faltar en el haber íntimo de cada hombre. Si España, a lo que parece, es una nación sin necesidades, la creación de éstas viene a constituir la más perentoria necesidad de España. Si la mayoría de los estudiantes, por ejemplo, no experimenta el deseo de una mejor Universidad, procuremos los medios para dar al estudiante una sensibilidad más fina, al punto que llegue a sentir aquél comienzo insoportable. Tenemos fe en la inquietud cuando ésta proviene de nobles necesidades insatisfechas. EL ESTUDIANTE encierra la más legítima desazón. Si ésta prende en cada uno de nuestros lectores, lo más inasequible de hoy día se nos dará de gracia.

A LOS ESTUDIANTES ESPAÑOLES

Con extraordinaria satisfacción publicamos la carta que dirige don Alfredo L. Palacios, maestro de las Juventudes hispanoamericanas, a los estudiantes españoles, como contestación a un mensaje que hubimos de enviarle, entusiasmados con su labor de aproximación en los pueblos de habla española. Entre las voces que podamos recibir del otro lado del mar, es ésta del doctor Palacios, por su calor y aliento, una de las que más eficazmente puede alentarnos en nuestra labor emprendida. Como Vasconcelos, Alfredo L. Palacios representa para el mundo americano el educador abnegado, que tiende, en todos sus actos y palabras, a la unión de todas las Repúblicas de habla española y a un mayor acercamiento, por la cultura, de aquellas Repúblicas a España. La carta del doctor Palacios, tan atinada y hermosa en su intención, nos hace recordar la personalidad de este hombre admirable que, desde su cátedra, en la Universidad de La Plata, ha sabido extender su ciencia en beneficio de los ideales más puros de la Argentina. Así de fructífera vino a ser su labor como diputado socialista, e igualmente beneficiosa es su obra como escritor. Alfredo L. Palacios representa uno de los valores más extraordinarios de América, y, reconociéndole de esta forma, publicamos su carta, orgullosos al vernos favorecidos por la atención y afecto de un maestro tan ejemplar y culto.

Jóvenes universitarios españoles: Estamos en los albores de un nuevo día, en que nuestra raza deberá decir al mundo su palabra, portadora de un mensaje de justicia y de fraternidad, que eleve a planos más altos el sentido y el objeto de la vida colectiva.

Del uno al otro extremo de los pueblos en que se habla lengua ibérica corre un estremecimiento juvenil, se oyen augurales voces que anuncian tiempos nuevos y nos llaman a la unión y a la lucha por nobles ideales. América despierta y se dispone a conquistar nuevos lauros en los campos fecundos del espíritu. Yérguese la juventud, anhelando ensanchar los horizontes. A las voces sombrías de pesimismo, de amargo desaliento y homicida rencor que nos llegan de Europa, contesta el alma de nuestra América con un grito juvenil de fraternal esperanza y de anhelo justiciero. Empezamos a sentir la pujanza que alienta en nuestros pechos y las grandes posibilidades que a nuestros pueblos aguardan. Percibimos voces misteriosas que vienen de lo profundo de la tradición de nuestra raza y nos incitan a intervenir en los destinos del mundo. Habíamos vivido absortos en nuestras luchas, desconocidos y aislados, al margen de la historia. Pero la guerra mundial resonó cual violento aldabonazo en nuestras almas dormidas. Vimos al final de la contienda que en aquella hoguera se había inmolado a la humanidad en aras de la codicia. Comprendimos que estaban

emponzoñadas las aguas de la cultura y que el veneno brotaba de las mismas fuentes del conocimiento.

Sobre el alma europea no ha impreso huella alguna la terrible lección y el mundo sigue marchando por los mismos carriles destructores, incubando en su seno otras contiendas. Si volvemos la vista al norte de este nuevo continente, observamos las mismas codicias y pasiones primarias que encendieron la conflagración del exterminio. Advertimos, asimismo, que avanza ya sobre nosotros el poder avasallante de este nuevo Moloch, unciedo nuestros pueblos a su carro de muerte; que aún antes de producirse otra nueva querella universal, en la que perecería la civilización de Occidente, puede ser subyugada nuestra raza y convertida en ciego instrumento del capitalismo, disfrazado con la máscara tentadora del progreso material. Y he aquí que surge en el alma de la juventud el ímpetu del heroísmo tradicional y en su espíritu clama la libre voz de América. Alzase en el corazón de la América española la augusta sombra de Alonso Quijano el Bueno, inspiradora de sus mayores, y entendemos que, por fin, ha llegado nuestra hora. Que ha llegado la hora en que debemos convertirnos en una sola fuerza incontrastable que tuerza los destinos inhumanos y suicidas a que nos arrastra la civilización materialista de Occidente e imponga al mundo un sentido más alto de la vida y restablezca los fines superiores de la humanidad.

Para esta nueva cruzada os llamamos, españoles. No es menos grande y transcendental que la hazaña del descubrimiento y la conquista del nuevo mundo. Bien merece que el alma de la raza despierte de su sueño secular y tome nuevamente entre sus manos la trama de la historia para tejer un destino que haga bellos, gloriosos y fecundos los caminos del hombre. Nadie en el mundo siente tan hondamente como nosotros el imperioso llamado de tan sublime ideal. Hace siglos que viene elaborándose en la recóndita entraña de nuestra vida común. Parodiando al Manco de Lepanto, podemos exclamar: "Para nosotros estaba reservada esa empresa."

Alzad la vista, españoles. Levantad el corazón a la altura de las grandes resoluciones históricas. Romped el muro de sombra que os aísla. Poned vuestra alma en contacto con el alma americana, que encarna los ideales de la nueva humanidad, y sentiréis renacer vuestros ímpetus antiguos. Vuelvan de nuevo a correr las vivificantes aguas de gesta del Romancero.

Que un aliento de heroísmo y renacimiento humano por la libertad y la justicia circule sobre los mares y abrace dos continentes. Y lograremos trocar en realidad la profética visión de nuestro inmortal Darío, en su "Salutación del optimista":

Un continente y otro renovando las viejas prosapias, en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua, ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.

Seguimos nuestro camino hacia la nueva fraternidad y los grandes ideales que estamos elaborando, y aguardamos vuestros hechos, jóvenes españoles.

Buenos Aires.

ALFREDO L. PALACIOS.

Los problemas de la enseñanza primaria

Al empezar a publicar de nuevo nuestro periódico, nos preguntamos: ¿quién es estudiante?; el que estudia, el que aprende, nos contestarán en seguida; y preguntaremos a nuestra vez: ¿aprender?, sí; pero, ¿aprender qué, dónde?; y surgen delante de nosotros los establecimientos de enseñanza pública y privada: las escuelas primarias, los Institutos, las Universidades; y, al lado de estos, todas esas Órdenes religiosas dedicadas a la instrucción, todas esas Academias en donde no se hace mas que fabricar títulos profesionales que de nada sirven para ejercer la profesión. Y nos volvemos a preguntar una vez más: ¿estudiar dónde?, y, mejor aún, ¿estudiar con quién?

En una conferencia dada por el profesor Olariaga el curso pasado en la Facultad de Derecho se lamentaba de que la última generación estudiada por él, la de la postguerra, era completamente indiferente a todos los problemas de su país; no había tenido ninguna ambición de aprender; no había tenido más interés que ganar la mayor cantidad de dinero en el más breve tiempo. Consideramos esta opinión completamente acertada; pero, ¿a quién culpar de ello?, ¿a la juventud?, creemos que no; a las generaciones se las forma, se las crea de una manera distinta, según la educación que se las da; y nosotros preguntamos: ¿no fué esta generación de la postguerra el producto de nuestros centros de enseñanza, públicos y privados?

Son todos éstos, puntos delicados que iremos estudiando poco a poco; por de pronto afirmamos que hoy lo que necesita España no son hombres que tengan más o menos competencia en una determinada materia, que estén más o menos al tanto de su labor profesional; lo que hoy necesitamos son ciudadanos, y ciudadanos dispuestos a prestar su concurso y a sacrificarse por el bien de todos; no individuos dispuestos a ejercer su profesión con el objeto de alcanzar una mayor cantidad de comodidades o con un deseo de lucro; y, como los ciudadanos son para nosotros casi un producto de la escuela primaria, sobre ella va a recaer nuestra atención.

Todos conocemos más o menos el estado tan desgraciado en que se encuentra esta rama de la enseñanza; todos estamos conformes en la necesidad de una renovación, de un mejoramiento, sin el cual, por más que nos esforcemos, seguiremos en el estado de postración, de indiferencia, de abatimiento en que hemos estado hasta ahora; sólo nos puede sacar de él esa labor, lenta pero segura, de ir infiltrando en los espíritus de los que vayan a formar lo nuevos ciudadanos, ese deseo de conocimiento de la verdad, ese anhelo de justicia; la labor es larga ciertamente, pero en dos o tres generaciones se notará un cambio completo en la vida nacional; pero si esta labor no se realiza será muchísimo mayor la duración de semejante estado. Cuán de otra manera estaríamos si se hubiese podido realizar el art. 15 de la ley del 9 de septiembre de 1857: "La primera enseñanza elemental es obligatoria para todos los españoles". Pero

entonces no había ni maestros ni escuelas adonde los niños pudiesen ir a aprender; lo más grave es que no las tienen hoy tampoco; porque, habiendo sido el aumento medio de la población aproximadamente exacto al de las escuelas, nos encontramos en circunstancias muy parecidas a las de 1857, y quizá aún peores, porque los nuevos adelantos pedagógicos vienen a exigirnos la limitación del número de alumnos en cada escuela y con cada profesor, para hacer más fecunda la labor del maestro.

No queremos continuar por hoy la citación de una serie de datos para hacer evidentes nuestras afirmaciones; sólo queremos demostrar que el problema de la enseñanza primaria es para nosotros de un vital interés y que mientras sus condiciones no se mejoren o reformen completamente, no se puede culpar a nadie, ni de la indiferencia, ni del abatimiento del país, a no ser a aquellos que, teniendo en sus manos el resolver este problema, no se preocuparon de él o lo consideraron de un secundario interés.

Sabemos muy bien la responsabilidad que nos corresponde a todos por no habernos preocupado de esta labor fundamental, y nosotros desde el primer momento queremos desecharla insistiendo desde las columnas de nuestro periódico sobre la necesidad de ocuparse de la reforma de la enseñanza primaria.

"Orientaciones"

Hojeamos el primer número —septiembre 27 de 1925— de la nueva revista argentina *Orientaciones*, y una viva simpatía hacia ella se despierta en nosotros. No es una revista lujosa de literatura, sino unas sencillas páginas, reveladoras de la pura rebeldía de sus promotores; pero nada nos dará idea de lo que *Orientaciones* es, como las palabras que la presentan, aunque de ellas tengamos que callar —y no por nuestra voluntad, en verdad— las que, por referirse a nosotros, los españoles actuales, nos emocionan y nos duelen más.

"*Orientaciones* —dice— no es una revista más. Nace al mundo republicano de las letras sin alardes de presancias literarias y sin miras de posible mercantilismo. Es, sencillamente, la voz de un grupo de hombres nuevos, de espíritu amplio y sensibilidad generosa y humana, que por cima de viejos prejuicios y sentimentalismos absurdos sienten la necesidad de una transformación de los valores éticos de los pueblos, a base de organizaciones democráticas, donde reine el principio de la verdadera justicia social."

Y habla de los intelectuales españoles.

"Queremos que sepan los compañeros perseguidos del otro lado del Atlántico que, en nuestro país, no nos es indiferente sus tristes y dolorosas inquietudes renovadoras."

"*Orientaciones* esgrimirá sus armas en favor de todo pueblo que sufra la vergonzosa humillación de las tiranías. En lo que respecta a América, huelga declarar que nuestra campaña será igualmente activa y enérgica."

"Bien sabemos que esta empresa es quijotesca; pero la afrontamos con entusiasmo y cariño, con quijotismo de verdad, es decir, impulsados por el más puro amor al ideal colectivo de regeneración y progreso universales."

Nos une el carácter ideal de nuestras empresas, pero esforzándonos en que el nuestro no sea un quijotismo fantástico y divinamente inútil, sino que plasme pronto en una realidad noblemente humana.

LA LIBERTAD ⁽¹⁾

por

ÁLVARO DE ALBORNOZ

No penséis en sustituir un despotismo por otro ni habléis de dictaduras de ningún género. Para todos nosotros, liberales, no puede haber más que un programa: la libertad.

La libertad es la solución única del problema político. Gobernar no es oprimir, coartar, coaccionar. Es procurar, favorecer, estimular el libre juego, natural y espontáneo, de todas las actividades. No se gobierna con cadenas, sino con derechos. El ambiente de la ciudadanía es la libertad. Libertad de la tribuna, libertad de la Prensa, libertad de reunión y de asociación. Inviolabilidad de la persona y de la conciencia humana.

La libertad es asimismo la solución única del problema económico. Es la supresión de todos los monopolios y de todos los privilegios, la demolición de todas las barreras y la destrucción de todas las trabas. Libertad de la tierra, libertad de las máquinas y de todos los instrumentos de producción, libertad de trabajo, libertad de comercio, libertad de cambiar las actividades y los productos de igual modo que las ideas...

La libertad es la condición imprescindible del progreso jurídico. En los albores de la vida legal, cuando aparecen las primeras reglas procesales, la coacción es necesaria para dominar la violencia. De aquí que la justicia primitiva tenga por símbolo una espada. Pero la coacción ha deshonrado a la justicia histórica. Las violencias de las bárbaras luchas primitivas ha sido reemplazada por la astucia y la trapacería de curiales y de rúbulas. Y una nueva vida jurídica se anuncia, en que a la imposición del precepto sustituirá el libre desenvolvimiento de la personalidad humana; en que legislar será acomodar el derecho al hecho, en vez de constreñir la realidad a doblegarse a la fórmula; en que juzgar será reconocer imparcialmente la verdad, en vez de proclamarla como un dogma o de fulminarla catastróficamente.

La libertad es igualmente la condición imprescindible del progreso religioso. Y esto no sólo porque el respeto a la conciencia humana implica la libertad legal de las creencias y de los cultos. No hay religión viva sin herejía, como no hay vida política fecunda sin guerra civil. La religión es la guerra civil del alma, el campo de batalla del dualismo trágico que en vano ha pretendido suprimir el monismo moderno. Los herejes estimulan el progreso de la ciencia cristiana, y los mártires renuevan incesantemente los horizontes de la experiencia religiosa. La vida religiosa concluye cuando la fe se extingue en las arideces del dogmatismo.

La libertad es asimismo exigencia del progreso peda-

gógico. Libertad de la cátedra, libertad de la escuela. Respeto a la conciencia del maestro; respeto, sobre todo, a la conciencia sagrada del niño. No se ha de tratar la conciencia del niño con menos delicadeza que a una flor: es la flor de la civilización. El polen que flota en los vientos traerá la fecundación a su hora, sin la violencia brutal de la imposición dogmática.

La libertad es la condición del progreso científico y del progreso moral; es la condición de la paz del mundo. Los sueños generosos de Bernardino de Saint-Pierre y de Kant sólo podrán realizarse por la libertad. La libertad —libertad de las fronteras, libertad de los estrechos, libertad de los mares— es la condición de una honrada y pacífica convivencia internacional.

Pero la libertad hay que merecerla y hay que conquistarla. Por grande que sea el esfuerzo necesario, por doloroso, es menester hacerlo. "Aun cuando fuese preciso comprar de nuevo la libertad al precio de la barbarie —ha escrito Renan—, piensan muchos que no resultaría demasiado cara, pues sólo la libertad da a los individuos un motivo de vivir y sólo ella impide morir a los pueblos."

El amor a la libertad era uno de los sentimientos más vivos del nuestro en los días de gestación de la nacionalidad. Y este espíritu fué el de la raza en las manifestaciones más brillantes de su genio. "Aman y codician la libertad —decía don Alfonso el Sabio— todas las criaturas del mundo, cuanto más los hombres que tienen entendimiento, principalmente aquellos de noble corazón." Y Cervantes pone en boca de Don Quijote estas palabras: "La libertad, Sancho, es uno de los dones más preciosos que nos otorgaron los cielos. Con ella no pueden compararse todos los tesoros que la mar encierra y la tierra encubre. Por ella se puede y debe sacrificar la vida."

Y por ella se sacrificaron generaciones de héroes, viéndose a veces obligados a no retroceder ni aun ante el crimen, teniendo a veces que llegar al sacrificio monstruoso de ofrecerse a la execración de la posteridad. En España corrieron por ella arroyos de sangre, rodaron por el patíbulo insignes cabezas, entregaron su vida al verdugo nobles y santas mujeres. Y hoy, cuando nos falta, nadie la echa de menos. ¿Abyección, envilecimiento, extravío? Sea lo que fuere, inútil pensar en avances de ninguna clase mientras carezcamos de lo fundamental en toda sociedad política: la libertad, los derechos del hombre, el respeto a la conciencia...

Este número ha sido revisado
por la censura

(1) Del libro recientemente publicado *La tragedia del Estado español*.—Editorial Caro Raggio.

EDWIN ELMORE

El elemento liberal de los estudiantes peruanos sufre en estos días el dolor de la pérdida de Edwin Elmore. Les enviamos nuestra adhesión a ese sentimiento de pesar, manifestando, a la vez, nuestra más ferviente simpatía por la causa que defendió en todo momento, hasta morir, el infortunado escritor peruano. Ha de quedar la figura de Edwin Elmore —hombre que laboró como nadie a favor del acercamiento de España y América— como una figura ejemplar, así para las juventudes americanas como para las juventudes españolas. En vano tratarán de arrojar sobre la memoria de Elmore, quienes estaban, de cerca o de lejos, interesados en su muerte, la sombra de traidor a la patria. Contra los primeros informes que se recibieron en España —un duelo: había que encubrir la verdad—, Edwin Elmore fué asesinado en Lima, sin haber cometido otro delito que la defensa sincera, entusiasta y apasionada del espíritu profundamente liberal y de la unión hispanoamericana. Cuando Elmore terció en la polémica entablada entre Santos Chocano, poeta peruano, y Vasconcelos, ex ministro de Instrucción pública, de Méjico, al desgraciado escritor le asistía la convicción absoluta de que don José Vasconcelos defendía la verdad y la libertad. Esta intervención le causó la muerte, y bien podemos afirmar que Elmore muere por las libestades, no sólo de su patria, sino también por las de todos los pueblos que sufren, a su pesar, en esta época, opresión y violencia.

El miércoles pasado apareció en *El Sol* una carta de don José Vasconcelos, en la cual, después de calificar la actitud de Santos Chocano, dedicaba palabras efusivas a Elmore, poniendo a salvo, además, de las acometidas enemigas, la personalidad del infortunado escritor peruano. "Sébase que Elmore —afirmaba Vasconcelos— no murió defendiendo una causa impura: no murió defendiendo "a uno que había insultado al Perú"; murió asociado en ideas a este mejicano que ama al Perú y también a Chile, pero no adula ni al Presidente de Chile, ni al Presidente del Perú. Sepan todos que Chocano ha podido matar a Elmore con una bala que el otro no pudo contestar y seguro de una impunidad que nadie podrá discutirle allá."

No podemos eludir nuestra opinión. Estamos con Vasconcelos, y con los estudiantes liberales peruanos,

y con todos los estudiantes americanos que sufren ahora, como desgracia propia, la pérdida de Elmore, el hombre que más se significó últimamente a favor del Perú, de América y de España. Vaya, pues, para esos estudiantes nuestro más vivo sentimiento de pesar y nuestro deseo, cada vez más ferviente, y más interesado también, de que estos episodios lamentables acaben definitivamente.

EL TRANVÍA

por

FRANCISCO VIGHI

En rosario, en letanía,
sugerencias del tranvía.

Paralepipédico,
acelerado:
mézclese y agítese
tiempo y espacio.
(¡Qué cosas diría
un einsteniano!)

En los arroyos de la vía
se lava los pies el tranvía.

Trole al hombro,
buen soldado.
Ligero navío
de un solo palo.
Pescador de caña
en el río urbano.

En el telar del día,
la lanzadera es el tranvía.

TIRANO BANDERAS

EL JUEGUITO DE LA RANA

Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

De esta novela que don Ramón del Valle-Inclán nos entregó para su publicación en EL ESTUDIANTE apareció ya, en números anteriores, su primer capítulo. Como en esta reaparición cuenta nuestra Revista con una suma de lectores muy superior a la que antes disfrutaba, hemos decidido dar la hermosa novela de don Ramón desde un principio, seguros de que acertamos a satisfacer con tal determinación los deseos de nuestros lectores.

I

Santa Fe de Tierra Firme —arenales, pitas y chumberas—, en las cartas antiguas, Punta de las Serpientes.

II

Sobre una loma, entre granados y palmas, mirando al vasto mar y al sol poniente, encendía los azulejos de sus redondas cúpulas coloniales, San Martín de los Mostenses. En el campanario sin campanas, levantaba el brillo de su bayoneta un centinela. San Martín de los Mostenses, aquel desmantelado convento de donde una lejana revolución había expulsado a los frailes, era, por mudanzas del tiempo, Cuartel del Presidente Don Santos Banderas.

III

El Generalito acababa de llegar con algunos batallones de indios, después de haber fusilado a los insurrectos de Zamalpoa. Inmóvil y taciturno, agaritado de perfil en una remota ventana, atento al relevo de guardias en la campa barcina del convento, parece una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo. En el Perú había hecho la guerra a los españoles, y de aquellas campañas veniale la costumbre de rumiarse la coca, por donde en las comisuras de los labios tenía siempre una salivilla de verde veneno. Desde la remota ventana, agaritado en una inmovilidad de corneja sagrada, está mirando las escuadras de indios, soturnos en la cruel indiferencia del dolor y de la muerte. A lo largo de la formación, chinitas y soldaderas haldeaban corretonas, huroneando el tabaco entre las medallas, el centavo y las migas del faltriquero. Un globo de colores se quemaba en la turquesa celeste, sobre la campa invadida por la sombra morada del convento. Algunos soldados, indios comaltes de la selva, levantaban los ojos. Santa Fe celebraba sus famosas ferias de Santos y Difuntos. Tirano Banderas, en la remota ventana, era siempre el garabato de un mochuelo.

IV

Venía por el vasto zaguán frailerio una escolta de soldados con la bayoneta armada, y entre las filas un roto greñudo, con la cara dando sangre. Al frente, sobre el flanco derecho, fulminaba el charrasco del Mayor Abilio del Valle. El retinto garabato del bigote, dábale un fiero resalte al arregaño de los dientes que sujetan el fiador del pavor con toquilla de plata:

—¡Alto!

Mirando a las ventanas del convento, formó la escuadra. Destacáronse dos caporales, que, a modo de pretinas, llevaban cruzadas sobre el pecho sendas pencas con argollones y despojaron al reo del fermentido sabanil que le cubría las carnes: Sumiso y adoctrinado, con la espalda corita al sol, entró a un hoyo profundo de tres pies, como disponen las Ordenanzas de Castigos Militares. Los dos caporales apisonaron echando tierra, y Guaso quedó enterrado hasta los estremecidos ijares: El torso desnudo, la greña, las manos con fierros, salían fuera del hoyo colmados de negra expresión dramática. Metía el chivón de la barba en el pecho, con furbo atisbo a los caporales que desceñían las pencas. Señaló el tambor un compás alterno y dió principio el castigo del chicote, clásico en los cuarteles.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

El greñudo, sin un gemido, se arqueaba sobre las manos esposadas, ocultos los hierros en cavación del pecho: Le saltaban de los costados ramos de sangre, y sujetándose al ritmo del tambor, solfeaban los dos caporales:

—¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve!

V

Niño Santos se retiró de la ventana para recibir a una endomingada diputación de la Colonia española —el abarrotero, el empeñista, el chulo del braguetazo, el patriota jactancioso, el doctor sin reválida, el periodista hampón, el rico mal afamado, se inclinaban en hilera ante la momia taciturna con la verde salivilla en el canto de los labios—. Don Telesforo Galindo, orondo, redondo, pedante, tomó la palabra, y con aduladoras hipérboles, saludó al Glorioso Pacificador de Zamalpoa:

—La Colonia española eleva sus homenajes al benemérito patricio, raro ejemplo de virtud y energía, que ha sabido restablecer el imperio del orden, imponiendo un castigo ejemplar a la demagogia revolucionaria. La Colonia española, siempre noble y generosa, tiene una oración y una lágrima para las víctimas de una ilusión funesta, de un virus perturbador. Pero la Colonia Española no puede menos de reconocer que en el inflexible cumplimiento de las leyes está la única salvaguardia del orden y el florecimiento de la República.

La fila de gachupines asintió con murmullos: —Unos eran toscos, encendidos y fuertes. Otros tenían la expresión cavilosa y hepática de los tenderos viejos. Otros, enojados y panzudos, exudaban zurda pedancia. A todos ponía un acento de familia el embarazo de las manos con guantes—. Tirano Banderas masculló estudiadas cláusulas de dómene:

—Me congratula ver cómo los hermanos de raza aquí radicados, afirmando su fe inquebrantable en los ideales de orden y progreso, responden a la tradición de la Madre Patria. Me congratula mucho este apoyo moral de la Colonia hispana. Santos Banderas no tiene la ambición de mando que le critican sus adversarios. Santos Banderas les garantiza que el día más feliz de su vida será cuando pueda retirarse y sumirse en la oscuridad a labrar su predio, como Cincinato. Crean, amigos, que para un viejo son fardel muy pesado las obligaciones de la Presidencia. El gobernante, muchas veces precisa ahogar los sentimientos de su corazón, porque el cumplimiento de la ley es la garantía de los ciudadanos trabajadores y honrados. El gobernante, llegado el trance de firmar una sentencia de pena capital, puede tener lágrimas en los ojos; pero a su mano no le está permitido temblar. Esta tragedia del gobernante, como les platicaba recién, es superior a las fuerzas de un viejo. Entre amigos tan leales, puedo declarar mi flaqueza, y les garanto que el corazón se me desgarraba al firmar los fusilamientos de Zamalpoa. ¡Tres noches he pasado en vela!

—¡Atiza!

Se descompuso la fila de gachupines. Los charolados pies juanetudos, cambiaron de loseta. Las manos, enguantadas y torponas, se removieron indecisas, sin saber dónde posarse. En un tácito acuerdo, los gachupines jugaron con las brasileñas leontinas de sus relojes.

Acentuó la momia:

—¡Tres días con sus noches en ayuno y en vela!

—¡Arrea!

Era el que tan castizo apostillaba un vinatero montañés, chapparro y negrote, con el pelo en erizo, y el cuello de toro desbordante sobre la tirilla de celuloide. Su voz, fachendosa, tenía la brutalidad intempestiva de una claque de teatro. Tirano Banderas sacó la petaca y ofreció a todos su picadura de Virginia.

—Pues, como les platicaba, el corazón se destroza, y las responsabilidades del Poder llegan a constituir una carga demasiado pesada. Busquen al hombre que sostenga las finanzas, al hombre que encauce las fuerzas vitales del país. La República, sin duda, tiene personalidades que podrán gobernarla con más acierto que este viejo valetudinario. Pónganse

de acuerdo todos los elementos representativos, así nacionales como extranjeros...

Hablaba meciendo la cabeza de pergamino; la mirada, un misterio tras las verdosas antiparras. Y la fila de gachupines balanceaba un murmullo, señalando su adúladora disidencia. Cacareó Don Teles:

—Los hombres providenciales no pueden ser substituídos.

La fila aplaudió, removiéndose en las losetas, como ganado inquieto por la mosca. Tirano Banderas, con un gesto cuáquero, estrechó la mano del pomposo Don Teles:

—Quédese y echaremos un partido de ranita.

Trasmudándose sobre la última palabra, hizo a los gachupines un saludo frío y parco:

—A ustedes, amigos, no quiero distraerles de sus ocupaciones. Me dejan mandado.

VI

Una mulata entrecana, descalza, temblona de pechos, aportó con el refresco de limonada y chocolate, dilecto de frailes y corregidores, cuando el virreinato. Con tintín de plata y cristales en las manos prietas, miró la mucama al patroncito, dudosa, interrogante. Niño Santos, con una mueca de calavera, le indicó la mesilla de campamento, que, en el vano de un arco, abría sus compases de araña. La mulata obedeció haldeando: Sumisa, húmeda, lúbrica, se encogía y deslizaba. Mojó los labios en la limonada Niño Santos:

—Consecutivamente, desde hace cincuenta años, tomo este refresco, y me prueba muy medicinal. Se lo recomiendo, Don Teles.

Don Teles infló la botarga.

—¡Cabal, es mi propio refresco! Tenemos los gustos parejos y me siento orgulloso. ¡Cómo no!

Tirano Banderas, con gesto huraño, esquivó el humo de la adulación, las volutas enfáticas. Manchados de verde los cantos de la boca, se recogía en su gesto soturno:

—Amigo Don Teles, las revoluciones, para acabarlas de raíz, precisan balas de plata.

Reforzó campanudo el gachupín:

—¡Balas que no llevan pólvora ni hacen estruendo!

La momia acogió con una mueca enigmática:

—Esas, amigo, que van calladas, son las mejores. En toda revolución hay siempre dos momentos críticos: El de las ejecuciones fulminantes, y el segundo momento, cuando convienen las balas de plata. Amigo Don Teles, recién esas balas, nos ganarían las mejores batallas. Ahora la política es atraerse a los revolucionarios. Yo hago honor a mis enemigos, y no se me oculta que cuentan con muchos elementos simpatizantes en las vecinas Repúblicas. Entre los revolucionarios, hay científicos que pueden con sus luces laborar en provecho de la Patria. La inteligencia merece respeto. ¿No le parece, Don Teles?

Don Teles asentía con el grasiendo arrebol de una sonrisa.

—En un todo de acuerdo. ¡Cómo no!

—Pues para esos científicos quiero yo las balas de plata. Hay entre ellos muy buenas cabezas que lucirían entre las eminencias del extranjero. En Europa, esos hombres pueden hacer estudios que aquí nos orienten. Su puesto está en la Diplomacia... En los Congresos científicos, en las Comisiones que se crean para el extranjero.

(Continuará.)

SOLILOQUIOS

Cediendo a nuestro requerimiento, colabora en EL ESTUDIANTE Dionisio la Cruz, pensador y poeta. Abre esta sección, que titula "Soliloquios", y algunas de las páginas que publicará en este semanario forman parte del primer libro, próximo a salir, de este extraordinario escritor.

EL TALENTO Y EL GENIO

En la obra del talento impera la corrección o la moda; pero siempre hay en ella una firmeza y claridad de mundo cotidiano, de continente conocido. El talento no descubre nada: es, sencillamente, un hábil

ejecutante, un actor perfecto, sin titubeos. El da la sensación meridiana de plenitud. La obra del genio es, por el contrario, tenebrosa, sin fondo. Se hunde el brazo en ella como en un agua sin hondura, en una sima negra y terrible. Las cosas que ha de decir el genio son más universales que las del talento, pero insólitas, entrevistas, y, por consiguiente, extraviando de la forma. El talento da una sensación de placidez, el genio aterroriza. Se puede amar a uno, pero al otro se le venera. En el genio hay algo indefinido; carece de contorno y de límite. Es como la noche, y semejante a ella, permanece abierto al infinito.

ORIENTE Y OCCIDENTE

Si un occidental imagina el futuro social, lo hará consistir en progresos de técnica, de confort y de organización política. Prodigios en la medicina, en la mecánica, en la química, en todas las ciencias y artes (entendiendo por ésta las *artes útiles*); comodidades materiales de todo género, los mayores halagos al instinto concupiscible; una mejor fortuna política —oligárquica o democrática, socialista o comunista—, que viene a ser un confort materialista de otro orden. Quizás, también, algunas curiosidades pintorescas, como viajes a la luna o coloquios con Marte. El hombre oriental, ni por acaso imaginará esas groserías. El sensual arrojará sobre ellas la fogosa frialdad de sus ojos tenebrosos y desdeñosos. En el orden material aspirará al lujo, al legendario boato oriental, que viene a ser una fortuna moral de la materia y una liturgia sensible del alma. Pero el hombre oriental tendrá su Mesías o su Mahadí, que simbolizará la redención moral de los hombres. Su ideal es un futuro de justicia, y más aún, una exaltación del hombre espiritual, el reinado de Dios. Hay en la escala zoológica ciertas especies de animales que en la vía material han realizado algunos progresos: el gorila maneja un palo mejor que el hombre, los topos son excelentes arquitectos de sótanos, las hormigas tienen hasta instituciones sociales; y no hablemos de los panales de las abejas, ni de los nidos de los pájaros. Por esta parte, la vida zoológica viene a caer en el mismo plano que nuestra civilización material, aunque no haya avanzado tanto. Pero no conocemos ninguna especie que fomente su ser espiritual. Nos parece, hasta ahora, ser esto exclusivo patrimonio del hombre y la más pura humanidad. Occidente confunde la sabiduría y la cultura con el fomento del hombre físico. Se considera más intelectual que Oriente, lo que acaso sea ingratitud. Hay por donde el sol nace, en la cuna de la civilización, una dignidad reñida con la plebeya propensión al reclamo y con la charlatanería de Occidente, que la veda destacar comisionistas de propaganda. Le convendría a Europa, a la blanca y bárbara Europa, hacer un cuarto de conversión hacia el Oriente encendido...

EL PACATO MATERIALISMO

La concepción materialista de la vida nace de un sentimiento cobarde y apocado. Un hombre debe zanjarse una cuestión heroicamente, arriando un peligro; pero tiene miedo, y, por encima de su dignidad, pone el valor material de salvar su cuerpo o su vida, y apoya su cobardía en una crítica despectiva de todo lo que no es tangible, mensurable y utilizable, como su salud, su hacienda o su existencia.

DIONISIO LA CRUZ.

Londres, octubre 1925.

UNA FRASE DE UNAMUNO

“El único joven de España soy yo”

por

JOSE ANTONIO BALBONTIN

Entre las frases pronunciadas por el maestro Unamuno, en la última etapa de su vida, la más interesante es, a mi juicio, ésta que todos le han oído, pero que muy pocos se han esforzado en descifrar: “El único joven de España soy yo.”

No ha faltado, naturalmente, ante esa frase, el comentario insustancial y avieso de nuestros Hermógenes de vitrina, enfermos de la vista y del hígado, por culpa de sus pecados: “Este don Miguel, siempre tan narcisista y tan ególatra, no sabiendo ya de qué envanecerse, hasta de juventud pretende alardear.”

Pero los jóvenes españoles de conciencia sana han interpretado fielmente la significación flagelante de la advertencia del maestro. “El único joven de España soy yo.” Este certero palmetazo se dirige contra nosotros, camaradas. No escondamos la cabeza bajo el ala del miedo. No imitemos al fariseo, que tiene el cinismo de transferir todas las increpaciones de la prédica a la perversidad del publicano. Encarémonos bravamente con nuestra miseria moral. Es el único medio de comenzar a remediarla.

“El único joven de España soy yo.” Quiere decir, sencillamente: “¿Qué hacéis vosotros, estudiantes de España; qué hacéis vosotros, jóvenes intelectuales, escritores, abogados, médicos, ingenieros, profesores; qué hacéis vosotros, siervos del trabajo; en qué pensáis, hijos sin alma de la nueva generación española que, viendo malherido al guía de vuestros sueños, al maestro que fundó, para satisfacción de vuestros más puros anhelos, la religión inmortal del quijotismo, permanecéis impasibles al margen de la lucha, abstraídos por atenciones egoístas?...”

Da grima hablar en nuestros días con la mayoría de los jóvenes españoles. En los centros de nuestra juventud, como bajo la estúpida férula de Antón Pirulero, que nos hipnotizó desde niños, cada cual atiende a su juego por no perder prenda. Es muy raro encontrar un joven español capaz de abrigar una aspiración independiente y superior a la de prosperar en su carrera. Tener un buen bufete, o una espléndida clínica, o un negocio boyante: he aquí la única meta de nuestros héroes juveniles. Los más audaces sueñan con hallar un feliz descubrimiento técnico de esos que enriquecen a su autor en un año, para aplicar después todas sus energías a rumiar sosegadamente los frutos de su hallazgo. La ciencia misma,

que ha sido siempre un ideal austero, tiende a convertirse, en las retortas de nuestros laboratorios mercantiles, en una mercadería cotizable. El Ideal ha muerto en nuestras almas...

Cuando se le pregunta a un joven español de nuestros días qué proyectos tiene para salvar a España de la ruina, o para engrandecer a la Humanidad, o para ordenar el Universo, se echa a temblar como un pajaruelo atolondrado por el silbido de la serpiente avernal. “El único joven de España soy yo”, puede exclamar entonces con razón, dolida de despecho, un viejo del templo de Unamuno.

La esencia de la juventud es el ansia creadora y el desdén por el riesgo. Lo primero: el ansia creadora, el afán de superar la realidad actual, adaptándola al molde sublime de nuestras quimeras. Después, y como consecuencia de lo anterior, el desdén por el riesgo. No el amor al riesgo, que decía Guyau con una frase equívoca; no el amor al riesgo por el riesgo mismo —; cuidado con ese idiota de don Juan!—, sino el desprecio del peligro por amor a la Idea.

¿Cuál de estas notas esenciales de la verdadera juventud puede ser exhibida, sin rubor, por nosotros? Ninguna. Hemos perdido el tono de la vida heroica. ¿Hay alguien que viva entre nosotros con una pizca de decoro ideal?

Pues de morir, no hablemos. Hemos olvidado por completo el arte de bien morir. Y es, sencillamente, que hemos dejado de sentir el ansia de inmortalidad. El “culto de la muerte”, frase con que se ha querido definir la esencia de nuestra filosofía y de nuestra historia, no es, en el fondo, como ha hecho notar el maestro Unamuno, sino el culto de la eternidad.

Amigos: reconozcamos lealmente que, hoy por hoy, el único joven de España es Unamuno. Pero como el maestro no quiere en este punto que acatemos sumisamente su tesis, sino que nos esforcemos por desautorizarla, os propongo que apresuremos la transformación del día de hoy, y hagamos todo lo que esté de nuestra parte para lograr que, desde mañana mismo, no sea Unamuno el único joven de España, sino el guía y maestro de millares de jóvenes españoles inflamados, como él, de pasión generosa, propicios al combate fecundo, sedientos de gloria y de Justicia.

Madrid, noviembre 1925.

Una falsa representación de los estudiantes de México en España.

En los meses del último verano aparecieron en Santander, haciéndose pasar por representantes de los estudiantes mexicanos, dos individuos, los señores Soto y Zaldúa, que venían, según afirmaban, para realizar una labor de acercamiento. Tal afirmación nos causó extraordinaria extrañeza, a los pocos días, al ver que estos individuos realizaban determinados actos, que no podían por menos de causarnos profunda e irreprimible indignación. Al mismo tiempo, nuestro director recibió una carta de don José Vasconcelos, referente a la aludida actuación de los señores Soto y Zaldúa, carta que publicó *El Sol*, y en la cual se desmentía, en forma categórica, la afirmación de los falsos representantes. Quedamos conformes, entonces, con tan seria denuncia, pensando que sería suficiente para ahuyentar a los impostores. No fué así, sin embargo. Aún continúan los señores Soto y Zaldúa actuando, como tales representantes de los estudiantes mexicanos, en varias provincias del Norte, últimamente en Valladolid. Como ello lo estimamos lamentable, volvemos a publicar la carta del señor Vasconcelos, por ver si con esta repetición conseguimos inhabilitar definitivamente a esos falsos estudiantes:

Marsella, 20 de agosto de 1925.

Sr. D. Rafael Giménez Siles.—Madrid.

Muy querido amigo: Creo necesario prevenirles contra ese señor Soto que se dice representante de estudiantes mexicanos. Le puedo asegurar que su representación es falsa. También he visto en periódicos del Norte de España que Soto se hace pasar por mi ex secretario. Puesto que es necesario, debo decirle la verdad: Soto salió de Colombia, de donde es oriundo, porque cometió una estafa. En México robó a mucha gente, entre otros, a mí —fué empleado mío y cometió el delito de abuso de confianza—, cobrando cantidades en *La Antorcha*, que nunca me entregó. Averigüé entonces sus antecedentes y supe que no era su primera falta.

Viene a España a ver a quién estafa. Le prevengo de quién es, en la inteligencia de que le perdonamos en México la acción penal por sus robos; pero conservo la prueba. *Sólo así se explica la misión que trae.*

Mándeme con gusto. Salude a los amigos y cuente siempre con el afecto de su amigo y s. s.,

J. Vasconcelos.

Los informes que les doy en esta carta no son secretos; si es posible, será conveniente hacerlos públicos. Respondo de lo que le digo.

J. VASCONCELOS.

Como puede suponerse, este incidente no viene a reducir, en lo más mínimo, el concepto altísimo que tenemos del pueblo mexicano. Precisamente porque consideramos a México, entre las naciones de América, como una de las más respetables, es por lo que deseamos desenmascarar definitivamente a los promotores de la carta del señor Vasconcelos. Nada tiene de particular que el ministro de México en España, nuestro admirado colaborador señor González Martínez, ignore este hecho. Sea como fuere, nos permitimos rogarle desde aquí acuda, con su autoridad, a evitar que continúe la usurpación señalada, que, si bien no puede perjudicar, en manera alguna, a Méjico, no deja de ser un incidente lamentable, sobre todo, claro está, para los señores Soto y Zaldúa.

Nuevos redactores de EL ESTUDIANTE

Además de los estudiantes indicados en la hoja-anuncio de reaparición, que publicamos hace días, forma parte de la Redacción de esta Revista nuestro compañero Antonio Garriguez, ex presidente de la Asociación Oficial de Estudiantes de Derecho. Igualmente ha venido a ayudarnos en nuestra tarea el actual presidente de la Unión Liberal de Estudiantes, Graco Marsá.

Corresponsales literarios

- En Barcelona:*
Enrique Chinchilla Aledo.
- En Valladolid:*
Antonio García Santelices.
- En Cuenca:*
Rodolfo Llopis.
- En Málaga:*
Miguel González y Fernández.
- En Cádiz:*
Daniel Ortega.

(Seguiremos dando los nombres de nuestros corresponsales en números sucesivos.)

A más de estos corresponsales generales que vamos nombrando en provincias, queremos tener representantes en todas las Facultades, Escuelas de Ingenieros, Veterinaria, de Comercio, Normales, de Bellas Artes, etc., de España, los cuales nos supondrán una eficaz ayuda, indispensable para nuestra labor.

La enseñanza del Derecho

Puntos de vista

por ANGEL OSSORIO Y GALLARDO

Meses pasados se dirigió EL ESTUDIANTE a los hombres más conspicuos del país, demandándoles opiniones para una definitiva reforma en la enseñanza. Sobre cuestión tan importante hemos recibido varios trabajos, entre ellos el de don Angel Ossorio y Gallardo, que comenzamos a publicar en este día.

Los beneméritos inspiradores de EL ESTUDIANTE quieren saber —¡ahí es nada!— “cuáles son las innovaciones, cuáles las reformas y cuáles los cambios que se debe introducir en la Universidad española para convertirla de ficción en hogar del espíritu, donde se fragüe la vida social de una España digna”. Y tienen el buen acuerdo de no inquirir solamente datos de pedagogía, sino también los pareceres de quienes conocemos prácticamente alguna disciplina. Tratan, pues, de orientarse entre realidades, no entre abstracciones que, con frecuencia, son quimeras o convencionalismos. Por aquel título —el de conocedor de la carrera de Derecho— me juzgo capacitado para contestar sin dengues ni remilgos de falsa modestia. Con tanto gusto recibo el encargo, que quizá invierta en cumplirle más cuartillas de las acostumbradas y tolerables. Perdónenme. Quiero hablar sin trabas con los estudiantes. Así, estas ideas, desparrahadas al correr de la pluma, no tendrán nada de científicas, pero sí mucho de cordiales.

* * *

Ante todo, consigno mi aplauso a la valentía con que hablan de “esta mentira de Universidad en que hoy pierden sus mejores años”. ¡Grande y trágica verdad! Pero todavía pueden darse por contentos con la Universidad de hoy, en la que hay algún profesorado joven, culto y animoso, en la que apuntan laboratorios y publicaciones, en la que brotan conexiones con otros elementos culturales, en la que los estudiantes empiezan a sentir hervores e inquietudes. ¡Si hubieran conocido la mía, la de hace treinta o treinta y cinco años!

Era, sencillamente, bochornosa. Un profesor vivía con la exclusiva preocupación de reducir la hora y media de clase a un cuarto de hora, y aun eso faltando tres o cuatro días a la semana. Otro dedicó su existencia a fatigar a los chicos, preguntándoles “qué pena era la correspondiente a cada delito”, y cuando los chicos, mil veces más discretos que él, se habían estrujado el cerebro para responder con vistas a la enmienda del delincuente, o a la proporcionalidad con el mal causado, o a la satisfacción de la vindicta pública, contestaba triunfante y gozoso: “¡La que marca el Código!” Otro nos hablaba de doña *Potronila*, o nos notificaba, cual si se tratara de un suceso del día anterior: “Señores, Favila ha muerto; se lo ha comido un oso”, o nos preguntaba irritado, cuando pateábamos y alborotábamos, “si nos habíamos creído que aquello era una cátedra de Geografía”, sin que llegásemos a comprender jamás los apoyos de tan duro desdén para las ciencias geográficas. Otro to-

maba la cátedra para hacer pinitos políticos. Otro, para lanzar soflamas anticuadas y cursis...

Con tales elementos, la enseñanza era puramente libresca y memorista. Ni un concepto de ética profesional, ni un atisbo de fundamentos filosóficos, ni un estímulo para discurrir, ni un llamamiento al sentido común, ni la más leve relación con la vida. El curso era un certamen de papagayos. Quien lograba recitar unos párrafos del texto “por el extenso”, en vez de “por el extracto”, o quien decía de carrerilla quince o veinte artículos del Código, era el prodigio, el laureado, el sabio de Real orden. Yo mismo estoy colmado de sobresalientes en asignaturas de las que jamás supe una palabra.

Pues ¿y nosotros? A tal sistema y a tal profesorado, tales estudiantes. Sin cimientos morales ni científicos, atolondrados, vacuos, ignorantes, descreídos y pesimistas, salimos de las aulas para emprender el camino de “chicos listos” y no el de “hombres formales”. Nuestra famosa listeza nos ha hecho ir de tumbo en tumbo, sin brújula, tomando como bueno lo que en rigor era malo, sirviendo idearios que no comprendíamos, tanteando caminos, rectificando actitudes y descubriendo a los cuarenta años lo que a los veinte debíamos estar cansados de saber. Por eso se advierte, en cuanto se nos trata, que carecemos de formación doctrinal o la tenemos hilvanada recién-tísimamente. Con muy poca suerte que hayamos tenido, nos hemos visto colocados a mil metros sobre nuestra cultura. Generaciones tan inconsistentes no podían menos de ejercer influjo pernicioso en la política, en la Justicia, en la Administración, en todas partes.

Yo veo y palpo en mí aquel vacío universitario. La fortuna y mi temperamento me han llevado a intervenir en múltiples actividades, no sólo en las forenses. En todas partes mantengo relación espiritual. Nada ha habido indiferente para mí. Sólo hay dos sitios de los que me hallo enteramente desconectado. La Universidad y el Parlamento. Seis años en aquella, veinte en éste, no han dejado en mi alma una huella, ni una afección, ni un hábito, ni un buen recuerdo. Se explica muy bien. Congreso y Universidad han sido cosas hueras, sin peso ni volumen, sin impresión y sin estela. Mentira, en fin, como dicen los estudiantes de Salamanca.

* * *

Mis juicios y proyectos, en lo tocante a los estudios de la Facultad de Derecho, arrancan de dos observaciones.

Primera observación. El Estado necesita proveer los servicios jurídicos más modestos del país. Juzgados y sus secretarías, notarías, registros de la propiedad, abogacías del Estado, oficialías de los Cuerpos jurídico-militares, secretarías de Ayuntamientos; es decir, aquellos puestos para los que no se necesitan cualidades excepcionales, como en la Cátedra; sino ilustración corriente y vulgar. ¿Y no sabe qué procedimiento adoptar! ¿La oposición? ¿El concurso? ¿La libre designación del Gobierno? ¿La de las pro-

pías Corporaciones? ¿Los ejercicios orales? ¿Los escritos?

El ánimo queda suspenso ante tamaño absurdo. Si aquí tiene el Estado el monopolio de fabricar los licenciados en Derecho y nadie puede lograr tal título sin estudiar lo que él manda y pasar por las pruebas que él dispone, ¿cómo se comprende que desconozca cuáles de sus alumnos tienen el mínimo conocimiento indispensable para desempeñar aquellos menesteres? No se trata de descubrir a los grandes jurisconsultos, cuyo pensamiento, en una u otra esfera, regirá algún día la vida de su país e iluminará a la posteridad, sino de encontrar quien haga, con discreta modestia, cosas tan sencillas como autorizar una escritura, inscribir una venta o liquidar el impuesto de Derechos reales. Nuestro asombro subirá de punto si advertimos que el Estado sigue en otras enseñanzas camino distinto conducente a mejor resultado. ¿Quién tiene aptitud para mandar 25 soldados a caballo? El Estado responde, sin vacilar: los tenientes a quienes se otorga el Real despacho en la Academia de Valladolid. ¿Quién tiene las nociones indispensables para planear una carretera? La contestación es igualmente sencilla: los ingenieros a quienes da el título la Escuela de Caminos. Y de igual modo en las demás carreras militares e ingenieriles.

De entre la masa de muchachos que unas y otras paren cada año, saldrán luego los rayos de la guerra y los inventores excelsos. Eso no se recluta ni se disciplina oficialmente. Pero lo otro, sí. Y, en efecto, no hay un teniente que ignore la táctica de su arma, ni un ingeniero que desconozca el dibujo lineal. En cambio, se cuentan por cientos los doctores en Derecho que no saben cuáles son los herederos legítimos, o que no han oído hablar nunca de una concesión minera, o que desconocen el uso de la *h*. Doy fe, porque he visto muchísimos.

Consecuencia: si la Escuela es la que produce aquellos resultados, falta una Escuela para el aprendizaje del Derecho.

Segunda observación. El grado que entre nosotros separa al profesional del hombre de ciencia es el Doctorado. ¿Y qué es en España el Doctorado? Un curso más, donde, por igual sistema superficial, se aprenden tres o cuatro asignaturas sobre las de la licenciatura. Es decir, otros nueve meses de convencionalismo.

Y no se me arguya con la memoria. Primero, porque todos sabemos la talla escasa que esas memorias alcanzan, por punto general; y después, porque el trazar una brevísima monografía no requiere mayor competencia ni supone mejor disposición que las acreditadas en la Licenciatura.

La comprobación de que nuestro Doctorado no es nada, se ofrece con deplorable notoriedad. En España no hay, apenas, grandes maestros, ni verdaderos jurisconsultos, ni eruditos, ni bibliografía jurídica. Se escribe poco y sin relieve. Nuestra consulta está casi encerrada en libros y revistas extranjeros. Materia tan dominante en la sociedad moderna como el Derecho mercantil tiene entre nosotros un índice misérrimo.

En la Administración de justicia se tocan luego las consecuencias. Foro y Magistratura se mueven en una ramplonería que apena. La Jurisprudencia está anquilosada. Todo es cortedad, incompreensión, rutina.

(Continuará en el número próximo.)

De un interesante expediente

Hay un sello, en seco, ilegible.—Núm. 1.121.—Hay un sello, en tinta, que dice: Universidad de Santiago. Salida.—El ilustrísimo señor Gobernador de esa provincia, con fecha 31 de octubre último, en oficio recibido hoy, me dice lo que sigue:

“El reverendísimo e ilustrísimo señor Obispo de esta Diócesis se ha dirigido a mi autoridad en escrito de fecha 27 del mes en curso, participándome que el nuevo Catedrático de Gramática Castellana de esta Escuela Normal de Maestros ha puesto de texto, para prácticas de lectura, el libro de D. Miguel de Unamuno, *Recuerdos de niñez y mocedad*, obra del más ramplón estilo, que escarnece desde el principio hasta el fin los dogmas y prácticas de la Religión Católica; contiene heréticas tales como ésta que pone en la página 73: *Del coco surgieron el demonio y Dios*, y tiene páginas de lenguaje tan soez e impropio del fin a que se pretende destinar, como el de este párrafo, que copio de la página 61: *El pedo*—hay que nombrarlo sin más rodeos—*es uno de los principales factores cómicos de la niñez. Recuerdo a este propósito las mil gracias que a cuenta del pedo se les ocurría en él a Félix y a Juan. Cuando alguno de ellos lo soltaba, y procuraban hacerlo, hacía con la mano además de recogerlo del trasero...* Y que el mencionado libro, que nada tiene de modelo literario ni educador, parece haber sido puesto de texto únicamente—porque para otro fin no sirve—para dar a conocer a Unamuno, hacer concebir bajo concepto de la Iglesia Católica y sus prácticas, y... vender una obra que de otra manera no tenía salida en el libre comercio”. Lo que tengo el sentimiento de trasladar a V. I., con el ruego de que, si así lo estimase procedente, se sirva adoptar la resolución que el caso reclama, al objeto de que se proceda a la instrucción del oportuno expediente para depurar el hecho denunciado y la imposición de la sanción que fuere de justicia, conforme a la establecido en la Real orden de 13 del mes de octubre actual, la cual ha sido inserta en la *Gaceta de Madrid*, correspondiente al siguiente día; permitiéndome significar a V. I., al propio tiempo, que con esta fecha pongo el hecho denunciado en conocimiento del ilustrísimo señor Subsecretario del Ministerio de la Gobernación.—Lo que traslado a V. S. para que, sin perjuicio de informarme con urgencia, proceda a lo que haya lugar, de conformidad con las prescripciones que determina la Real orden de 13 de octubre último. Dios guarde a V. S. muchos años.—Santiago, 3 de noviembre de 1925.—El Rector, *L. Blanco Rivero*.—Rubricado.—Sr. Director de la Escuela Normal de Maestros de Orense.”

Como ven nuestros lectores por este enjundioso documento, la Real orden del 13 del pasado octubre empieza a dar ya ópimos frutos; gracias a ella, la sonora lengua castellana encuentra en Obispos, etc., nuevos y alertas veladores que, siguiendo por este camino, es muy seguro terminen en seguida con esos vocablos tan obscenos, que sólo se oyen en boca de chicos desvergonzados, y seguramente modernizantes, dada la falta de casticismo de tales palabras, ayudada por el extremado celo religioso-lingüístico de los profesores de la Normal de Orense, señores Pedreira y Taboada.

Tendremos a nuestros lectores al corriente de la marcha de este expediente tan curioso.

Revista de libros

JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN: *Inquietudes*. Prólogo de Eduardo Marquina.

Un libro desgarrado: El libro de versos, *Inquietudes*, de José Antonio Balbontín. He recorrido esta obra de un extremo a otro buscando, a veces, sobre el propio camino de Balbontín, otro camino, de más libertad, donde la vida fluya insospechable e imaginativa. Imposible. Balbontín nos aleja del centro de la población, y a la media luz de sus tristes meditaciones, nos muestra los arrabales de la ciudad —hogares caldeados— bajo la pesadumbre de un cielo, el de la vida, que amenaza tormenta. Ni en el centro de la ciudad, ni en el campo: sólo en este tránsito, “playa de mar de duelo”, se aposenta José Antonio. Diríase que su vida, plenamente, se derrama en este triste círculo, hermoso, sin embargo, cuando lo supone Balbontín próximo a escapar hacia la ciudad o hacia el campo. José Antonio no pierde de vista aquel espectáculo, y la voz del poeta, en tales circunstancias, se ve entrecortada por una tristeza enfática y declamativa. Cuando abandona aquella visión, la del arrabal, Balbontín no tiene ocasión, ni ánimo, de mirar a otra parte, y así viene a hundir sus ojos en su propia conciencia, y realiza el trémolo de la duda. El verso de José Antonio abre un camino en estos dos dolores, y queda oprimido y lastimado, en su propio camino, el propio verso de José Antonio. Querriamos, sin duda, verle caminar campo atravesado, desgajando un bosque más hermoso, o más sencillo, por capricho. Pero ello, para la personalísima y exclusiva concepción que tiene del verso, de su verso, José Antonio, sería poco menos que un sacrilegio.

* * *

Una obra, una persona, crean, donde quiera que llegan, una situación, tanto más inconfundible, sin duda, cuanto más fuerte sea el espíritu de la obra o de la persona. Todos nos vemos rodeados de actitudes y gestos que contemplamos continuamente en los demás, actitudes y gestos que venimos a formar nosotros mismos, sin pretenderlo, por propia fuerza de nuestra presencia. Hay individuos que tienen el poder de crear, donde quiera que llegan, una situación inconfundible. A la persona va unido su ambiente, ciertas condiciones y circunstancias, en las cuales —y sólo en ellas— pueden cruzar y recuzar determinados hechos, ideas y sentimientos. La obra viene a ser más eficaz en este punto. La obra está como contenida en un círculo más o menos extenso, en cuyo espacio vagan y extravagan a su gusto, como en su propio mar, toda una manera de ver, sentir y comprender la vida; y de la obra dimana también, como de la persona, una fuerza especial, que contrae o distiende, aunque no sea más que por unos momentos, el semblante del público. Nada más definido, en este caso, que el libro de versos de Balbontín. La índole mística y religiosa de aquella obra es tan visible, que no puede extrañarnos que Díez-Canedo, Baquero, Castrovido, Cansinos Assens, etc., etc., coincidan de modo tan natural y espontáneo, al hablar de *Inquietudes*. Balbontín hace suyo los dolores del pueblo. Es éste, precisamente, quien viene a despertar la sensibilidad del poeta. Del dolor de un hombre, el más próximo, se extiende Balbontín a todos los hombres; es decir, a la Humanidad. Siempre he sospechado de estos amores desbordantes. Amar a la Humanidad no es lo mismo que amar al hombre. Estos dos sentimientos son opuestos, incompatibles, y sufre un engaño quien se crea capaz de abarcarlos a un mismo tiempo. Quien ama a la Humanidad, si ahonda en su propio sentimiento, llegará a convenirse de que no puede amar a los hombres. Sin embargo, siguiendo el camino de Balbontín, no podemos dudar del caudal sentimental del poeta, en este caso, y de su caudal poético. La Humanidad amada por José Antonio es la misma que puede ser representada, en toda su integridad, por este hombre, el más próximo, que sufre, cuándo circunstancialmente, víctima de una sociedad imperfecta, cuándo los dolores inherentes a la vida. Su amor a la Humanidad, por consiguiente, no pierde contacto con la tierra, y esto hace el verso de Balbontín, sin duda, menos poético, pero es seguro que le presta, por otra parte, un calor admirable, pues que viene a formarse cada rima en la fuente del propio dolor humano.

No ha volado mucho José Antonio en aquel amor, y no ha llegado a darle, ni lo ha pretendido tampoco, la suma calidad imaginativa. Para esto último hubiera tenido que violentar el poeta su propia naturaleza, y nada más ajeno

al honrado temperamento del autor de *Inquietudes*. Balbontín es el cantor del pueblo, en el sentido de que glosa, poéticamente, el dolor cotidiano. Pero Balbontín no es, al menos por ahora, el cantor de la Humanidad. Para conseguir esto último habría de perder de vista, sin duda, este hombre tan próximo, adolido y lamentable, que viene a aguararnos la fiesta, la gran fiesta que deseábamos, en esta ocasión, con el propio canto. Así vemos a Balbontín, corcusido a la realidad, recibiendo el dolor de ésta y traduciendo, a la vez, semejante dolor, a un verso doloroso, cálido y blando.

Al hacer esta diferenciación —cantor del pueblo, cantor de la Humanidad—, creo dar de Balbontín una exacta definición. Ello explica la postura de José Antonio, ante la vida, y ello viene a explicar, a la postre, el verso del poeta, incluso sus recursos y técnicas peculiares. Varios críticos, al hablar de *Inquietudes*, han recogido como lo más genuino, quizá, de la poesía de Balbontín, ese delicioso poema que comienza: “Alzaba el brazo ingenuamente”. Sin embargo, estimo ese poema como lo más lejano y lo menos representativo del libro del poeta. Acaso desde un punto de vista artístico sea aquella composición una de las más admirables de Balbontín. Pero la sensibilidad del poeta no sigue el curso que marca ese poema. “Alzaba el brazo ingenuamente” es a manera de alto en el camino, o un delicioso remanso donde espeja, sólo por unos momentos, para morir luego, un cielo blando y sensual. ¡Qué lejos Balbontín, en todo lo demás de su libro, de la visión de aquel cielo, hallado como por acaso en un remanso insospechable de su naturaleza! Para conocer la poesía de José Antonio, sólo por un poema, hemos de leer “La gota de amargura”. En este poema, sin el menor deseo de explicación (el verso de Balbontín acaso peque, a veces, por demasiado explícito) viene a exponernos el poeta su sensibilidad y el círculo, además, de que aquélla no puede salir ni libertarse: Es un día magnífico, y el poeta se allega a la mujer. Parecía natural que en tal ocasión, por lo menos, se sintiera el poeta desposeído de su pasado y acudiera con todo su caudal sentimental a esta mujer, su amada, arrojando con el propio arrobo presente un olvido total sobre la realidad circundante. Sin embargo, no es así. Un dolor próximo, el de un niño, acaba de ensombrecer la luminosidad de este instante, y todo el poema —paisaje y mujer— se desequilibra, inclinándose amorosamente hacia la cabeza de este niño. No esperemos más. Ha fracasado la tarde, y da paso a un amor hermoso. A las primeras estrofas hallamos a Balbontín desolado, frente a la vida:

“Un niño hambriento es una horrible
disonancia en el coro sagrado
del universo, es algo impío
que pone de relieve el fracaso
de la Vida y hace patente
que Dios no es más que un sueño vano.”

* * *

José Antonio Balbontín emplea un verso flexible, sencillo y blando. Se ciñe éste al sentimiento, y jamás procura el poeta otra cosa que no sea expresar, con suavidad y tersura, las inquietudes de su espíritu. Hay, pues, naturalidad, calor de corazón, honradez y —¿me lo perdonará José Antonio?— cierta ingenuidad de fondo y forma, en el verso.

He visto *Inquietudes* temeroso, como si este libro estuviera próximo a caer de bruces sobre nuestro mundo de ahora, para deshacerse. No ha sido así. Ha ganado el respeto, y se ha impuesto. “Posee una coraza de sinceridad —decía Rubén Darío a propósito de un poeta— que le defiende de todo”.

ESTEBAN SALAZAR Y CHAPELA.

EL ESTUDIANTE espera de cada uno de sus lectores una intensa labor de propaganda, ya que sólo de esta forma podrán contribuir a hacer cada vez más grandes los horizontes de nuestra Revista. A medida que vaya aumentando, con semejante labor de propaganda, el número de sus suscriptores, *EL ESTUDIANTE* aumentará así mismo en sus medios y conseguirá, al cabo, ser en España el semanario de la conciencia nacional.

IMP. CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID

La Revolución rusa ha sido el hecho histórico que mayores pasiones y polémicas ha producido en todo el mundo. No hay posibilidad de hablar de ella, sin conocer el pensamiento de sus directores.

La BIBLIOTECA INTERNACIONAL ofrece todo género de obras de Lenin, Trotsky, Sinovief, Bujarin, Radek, etc., etc.

Pídanse catálogos, Grandes descuentos a corresponsales y librereros.

Última publicación editada:

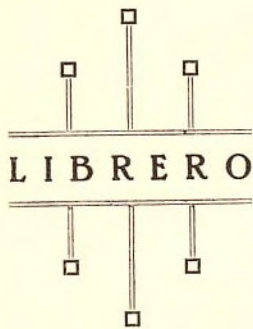
EL LENINISMO TEÓRICO Y PRÁCTICO

por STALIN

Precio: 0,75 ptas.

Los pedidos a: BIBLIOTECA INTERNACIONAL, Apartado 125
Despacho en Madrid: Prado, 11

León Sánchez Cuesta



Calle Mayor, núm. 4.-Madrid

HIJOS DE QUIRICO LÓPEZ M A L A G A

(Casa fundada en 1850)

VINOS FINOS, LICORES,
ANISADOS, COÑACS

Especialidades:

PONCHE IMPERIAL, KOLA TI-
TÁN, OJÉN MARCA JOAQUÍN
BUENO Y C.^a

Condiciones de venta y suscripción para
España y América

Suscripción anual. . . . 14,00 ptas.
» semestral . . . 7,00 »
» trimestral . . . 3,50 »

Núm. o suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año,
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista *EL ESTUDIANTE*
ZORRILLA, 4 M A D R I D

Suscríbame por un a la Revista *EL ESTU-
DIANTE*. Por giro postal envíe a usted la cantidad de
importe de dicha suscripción ⁽¹⁾.

En a de de 192 ..
(Firma)

Mi dirección:

(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción, en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.

EL LIBRO DE ACTUALIDAD

ACABA DE APARECER

EL PRIMER CARLOS III

DE

ALFONSO DANVILA

La novela de Barcelona en 1706, envuelta en las luchas dinásticas
de Austrias y Borbones. Acertada descripción de ambiente. Acción
— — — — — intensa. Un estilo claro y preciso — —

Pertenece a la famosa serie

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

Publicadas anteriormente:

El testamento de Carlos II

La Saboyana

Austrias y Borbones

Cada tomo: 5 pesetas

En su librería y en

CALPE

CASA DEL LIBRO

Avenida de Pi y Margall, 7. Apartado 547.—MADRID

Envíos a reembolso